

NUESTRO TIEMPO

EL RACIONALISMO Y SU CRISIS ACTUAL

Desde hace algunos años vengo insistiendo en una tesis que, cuanto más a fondo se la examina, más cobra el aspecto de una verdad radical. Expresada en términos escuetos, ella sostiene que todo el carácter de los tiempos modernos, excepción hecha de la nueva era que ahora despunta, deriva del advenimiento y auge de la mentalidad racionalista.

Pero, ¿qué se entiende por racionalismo? Aquí, como en todo lo que atañe primariamente al orden social, las ideas en boga excluyen, precisamente, toda referencia formal a ese modo de la vida humana, tan poco explorado en su textura concreta, que se ha denominado sociedad civil. Incluso las consideraciones corrientes acerca de la génesis del racionalismo apenas orillan el tema y dejan en la penumbra la auténtica naturaleza de ese hecho histórico. Se ha visto, en efecto, que la aparición histórica del racionalismo coincide con una insubordinación de la razón respecto a las verdades supra-racionales en que se afincaba la antigua cristiandad. De ahí que se haya definido al racionalismo como una actitud mental que no reconoce ninguna instancia superior a la razón. Y sin embargo, no se ha observado que, una vez constituido y triunfante, el racionalismo no consiste en parejo desacato. La prueba —una de las pruebas— está en que un mero acatamiento *individual* a las regulaciones de la teología (el caso, v. gr., de la inmensa mayoría de los pensadores católicos contemporáneos) es perfectamente conciliable con esa actitud racionalista cuya más evidente manifestación es una ceguera total frente a la índole *sui generis* de la concreta, transeúnte e irreversible realidad histórica. Este tipo de especulación abstracta, desentendida de los hechos más llamativos, puede muy bien compaginarse con el sometimiento a las verdades supra-racionales de la Fe; pero si no penetra en las simas abisales de la vida humana, si no percibe la auténtica fisonomía de los hechos sociales —en los que suele revelarse la asombrosa y proteiforme imagen del hombre a través de tiempos y lugares— se divorciará del acontecer histórico, dejará de influir en la cultura y, logos desencarnado, carecerá de eficacia redentora. Más que en una independencia respecto a la Fe cristiana, el racionalismo consiste en un divorcio entre la vida y el pensamiento.

Cuando la Fe, como el alma en la materia, configuraba el cuerpo entero de Europa, no podía hablarse siquiera de una fisura entre la razón y la vida. Por consiguiente, para que ese hiatus haya podido producirse, fué menester que se desplazara la Fe, es decir, que ésta dejara de ocupar el lugar central a cuyo alrededor se organizara la antigua cristiandad. Sería, sin embargo, un error con-



Bonum est sperare in Domino,
Quam sperare in principibus

La liturgia de la dominica décima cuarta después de Pentecostés (3 de setiembre) nos exhorta a poner nuestra confianza en el Señor, de acuerdo a la palabra de David que se lee al pie del grabado: "Mejor cosa es confiar en el Señor que confiar en los que mandan".

siderar que la insubordinación de la razón que trajo ese desplazamiento de la Fe y que originó, más tarde, un tremendo divorcio entre la especulación y la vida, por ser causa eficiente del racionalismo en el orden histórico, sea también su causa formal. La mentalidad racionalista consiste, repito, en el mencionado divorcio, en un logos desencarnado, y no en el desacato que la engendró históricamente. Para imperar en el mundo y subyugar a los espíritus, fué necesario que la sociedad, en cuanto tal, desertara de la Fe, que dejara de asentarse en los basamentos profundos de esa creencia unánime y compartida; pero ello fué tan sólo condición o prerequisite de su advenimiento. Una vez separada la razón de la vida, podría incluso retornarse a la antigua sumisión teológica sin que con ello quedara garantizada la expansión escrutadora del "esprit de finesse", ni asegurado el desarrollo de una razón vital especialmente adaptada a las sinuosidades de la existencia. Esta encarnación del logos,

como la he llamado yo metafóricamente, exigiría que la sociedad misma, y no los individuos que la componen, recuperase la fe. Con esto quiero aludir a una distinción, que me parece importantísima, entre la Fe teologal —Fe en sentido estricto, con mayúscula— y fe social, coincidente o no con aquélla. Estorba, para hacer esta discriminación, todo juicio que espontáneamente formulemos acerca de la verdad intrínseca de la Fe teologal y de los males anejos a la apostasía de la sociedad respecto a la misma. Si queremos entender lo que ahora denominamos fe social es necesario advertir que toda sociedad se asienta sobre un conjunto tácito de creencias, verdaderas o falsas, identificables o no con la verdadera Fe, compatibles o incompatibles con ella; creencias *sociales* que, infiltrándose en las almas, aseguran en un estrato profundo la estructuración de la comunidad y la convivencia efectiva entre los miembros que la integran. Toda agrupación humana convive verdaderamente cuando se erige sobre un fondo de creencias compartidas, cuanto presta tácita aquiescencia a una cosmovisión, más o menos compleja o elaborada, que fundamenta y dirige, en gran parte, las ideas, sentimientos y quehaceres del hombre. Desprovisto de ese cimiento soterráneo, el edificio social no podría ostentar sus someras estructuras. Surge de ahí este corolario: si después de una crisis que afecta el substrato basal de las creencias sociales, la sociedad no se derrumba, ello es señal de que se ha producido una substitución de los cimientos, es decir, de que ha sobrevenido una nueva creencia. Subrepticamente, sin que por lo general se note, se operan en la historia estos cambios profundos de la fe colectiva que inauguran una nueva edad. Ello es compatible con la persistencia de muchos individuos adictos todavía a la antigua fe; pero —advirtase bien— si dichos individuos *conviven* con los demás, esa convivencia se establecerá *al margen* de la propia fe personal e implica necesariamente cierta coparticipación, al menos práctica, en la nueva fe que conglutina al cuerpo social de que son miembros. De lo contrario, se producirá una convulsión social que, según comprueba la historia, ofrece dos salidas: o bien la sociedad se parcela en fragmentos, cada uno de los cuales se consolida sobre sus respectivas creencias, o bien permanece unida a expensas de la aniquilación o el vencimiento de alguno de los bandos contendientes. Tal acaeció en Europa cuando la comunidad occidental escindió las creencias que animaban el vasto cuerpo de la cristiandad medieval. Hubo terribles guerras religiosas; algunos estados se modelaron sobre el núcleo de sus respectivas religiones; se unificaron otros mediante la anulación violenta de los grupos disidentes.

Mas el proceso no termina aquí. Si prescindiéramos de estos dramáticos episodios al fin y al cabo *sociológicamente* superficiales, veremos, no obstante, que no se extinguió una cierta unidad moral en Europa. Porque es evidente que, por encima de sus diversos

SUMARIO

NUESTRO TIEMPO: Convivencia política. — CESAR E. PICO: El racionalismo y su crisis actual. — ERNESTO A. SUNDBLAD: Hacia una nueva edad media. — L. CASTELLANI S. J.: La Revolución Rusa. — SANTIAGO DE ESTRADA: Santa Rosa. — JUAN R. SEPICH: Ingreso a la Universidad. — PEDRO A. SAENZ: Música. Boris Godunoff. — HÉRCULES SPAGHI: Teatro. Una obra cómica de Benavente.

— ILKA KRUPKIN: La esperanza. — MIGUEL RETO: Exposiciones. Raúl Soldá. — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: Dibujos de Carátula y de Santa Rosa. — CINE. — ECONOMÍA.

conglomerados nacionales, perduró una efectiva convivencia supra-nacional entre los europeos, convivencia que postula una verdadera *societas europea*, aunque carezca de configuración política al modo de una nación o de un estado. Ahora bien; toda convivencia social implica un fondo común de creencias sociales que la haga posible. Así, después de la apostasía, advino en Europa un nuevo estilo de vida prescindente de la antigua unidad fundada en la Fe. La cultura occidental se organizó sobre otras bases que permitieron la continuación de la sociedad europea. Este nuevo cimiento fué, en el sentido ya explicado, una nueva fe: la fe en la Razón.

Parece paradójico que después de haber dicho que la cosmovisión de un grupo social fundamenta y dirige en gran parte las ideas, sentimientos y quehaceres humanos (lo que importa distinguir, con Ortega, entre ideas —es decir, razón— y creencias) sostenga ahora que la razón se transmutó en creencia. Y, sin embargo, fué así. La paradoja, en cierto modo, es un criterio de verdad porque no hay una sola verdad que, vista a fondo, no pueda asumir aspectos paradójicos. Quede, pues, para las víctimas de la lógica el terror a las antinomias. El caso es que no hay nada contradictorio en hablar de una fe en la razón. No se pretende con esto decir que la razón dejó de ser formalmente tal, es decir, una de las actividades cognoscitivas del espíritu, sino que invadió todas las potencias anímicas y las sometió a su excluyente tiranía. Se hizo programa y señuelo; numen inspirador de la nueva cultura; fe. Desde entonces anda el alma europea enamorada de la razón, sumisa a su diáfano encantamiento. Y como toda convivencia se instaura al soslayo de la propia fe personal e implica la aceptación, por lo menos práctica, de las creencias sociales, no es extraño que los católicos adscritos a la tradición cultural del Occidente padecieran el influjo de la fe racionalista. Se corrobora, así, lo expuesto anteriormente, a saber, que el racionalismo no estriba en una rebelión contra la Fe católica, sino que consiste en una entronización de la razón como señora natural del alma.

Todo muere en la historia. Ahora le ha llegado el turno al señorío de la razón. El hombre contemporáneo le va perdiendo la fe y... con razón. Por eso la civilización moderna entra en crisis profunda, en crisis que llega a incidir sobre los estratos ocultos de las creencias sociales vigentes. La razón —el "esprit de géométrie"— se ha mostrado impotente para captar y dominar el enorme y tumultuoso torrente de la vida. Nunca como ahora se ha visto la tremenda autonomía de lo social frente a la inoperancia de las ideologías racionalistas y al pobre arbitrio de la voluntad humana ante hechos cósmicos. Esa gran desalmada —como llama Ortega a la sociedad— oprime violentamente a las personas. El hombre está perplejo y desahogado ante los problemas que su actividad le ha planteado porque —ignorante del comportamiento real de los hechos sociales— anduvo desprevenido ante ellos y ahora se topa con que el contorno le devuelve, en términos de angustia, las ideas y técnicas que antes le lanzara candorosamente. Y cuando ve al Estado cortar, en todas partes, los nudos gordianos de los problemas insolubles, porque no hay nadie, absolutamente nadie, que sepa desatarlos, se repliega en el cada vez más estrecho recinto de su alma y añora la libertad perdida.

Guárdese, empero, de creer que la libertad es un fruto del racionalismo. Ante la amenaza cesarista, anunciada por un coro de profetas a quienes no se quiso escuchar cuando había tiempo, no tiene sentido oponer las concepciones perimidas del racionalismo, la fe en la democracia liberal. Es menester una nueva fe colectiva, conciliable, si no identificable, con el pensamiento católico. Porque, en definitiva, ya que sólo la Verdad nos hace libres, la libertad se adentra en las entrañas del cristianismo auténtico o perece víctima de las coerciones sociales.

CÉSAR E. PIOB.

UNA NUEVA EDAD MEDIA

"El flujo crece y nos arrastra hacia su obscura [inmensidad... Mientras navegamos por el encendido abismo cercados por [todos lados".

(TUTCHEFF.)

He querido comenzar este trabajo con los versos del poeta ruso, citados por Nicolás Berdiaeff en su libro "Una nueva Edad Media", para fijar en la imaginación algo así como una composición de lugar. Ir hacia una nueva Edad Media significa eso: entrar en la noche; en esa noche que, como todas, no es absoluta, porque ya lleva en su seno los gérmenes del día. La luz cuesta mucho, cuesta todo el dolor de las largas sombras que la precedieron. La historia entera está manchada de grandes pinceladas de luz y de sombra, como el hombre mismo, como los mismos pueblos que al vivir y al morir la formaron. La ambivalencia de las épocas históricas, esa corriente que arrastra entremezclados el bien y el mal, es un hecho indudable, misteriosamente enlazado con el gobierno divino en los males de la Providencia de Dios. Porque si bien es cierto que el sol, al asomar su áurea cabeza de rey por encima del mundo, pone en fuga las banderas de la noche, también es cierto que, al mismo tiempo, las piedras, los árboles, los hombres comienzan a arrojar sobre la tierra sus parcelas de sombra. Así sucede aún en los períodos más lúcidos de la humanidad. Sin embargo podemos distinguir en la historia épocas diurnas y épocas nocturnas, aunque en las primeras no falten nubes, ni en las segundas estrellas. En la misma Edad Media existe esta división. La caída del Imperio de Occidente con las irrupciones de los bárbaros hasta el siglo VIII, forma la noche del tiempo medioeval. Desde este siglo hasta casi fines del XV hay siete siglos de luz. Si vamos, pues, hacia otra Edad Media, deberemos cabalgar por un tiempo al resplandor de las antorchas y de las estrellas, antes de que nos ilumine la aurora del día nuevo.

Evidentemente estamos por entrar, o hemos entrado ya, en los prodromos de una civilización distinta, y mirando desde el punto de la perennidad de la Iglesia, en los de una Cristiandad distinta. Claro es que toda época se imagina ser el comienzo de una nueva y el fin de una anterior. La vanidad de los pueblos se resiste a creer que los tiempos vividos por ellos no sirvan para dividir la historia. Pero analizando, en nuestro caso, los elementos de juicio dentro de la más estricta objetividad, no podremos menos de afirmar que efectivamente estamos en un

período de transición. Cuando se abrió este período y cuándo se cerrará es cosa imposible de señalar con exactitud. En la historia todas las divisiones, aún las más notables, adolecen de una pizca de convencionalismo. Las edades no son cuadros geométricamente, si los colores se recortan geométricamente, sino telas de claroscuro, donde la gama del no telas de claroscuro, donde la gama del colorido se desenvuelve en una escala tan sutil que es prácticamente inútil querer mar-til que es prácticamente inútil querer marcar con un trazo dónde muere la luz y nacen las tinieblas. Con cierta aproximación, no obstante, se puede determinar esta región de síntesis, en que se unen el día y la noche.

Cuando queremos ver si una edad histórica cualquiera ha entrado ya en agonía, es necesario que estudiemos el clima cultural (intelectual, moral, artístico, religioso, etc.) que la ha favorecido, y pesar la fuerza que aún tienen sus principios en el mundo. Así es bastante preciso indicar el Renacimiento y la Reforma, como la disolución definitiva del "clima" medioeval.

El Renacimiento Humanista se torna antropocéntrico frente al teocentrismo del medioevo. Aquellos hombres enloquecían por las formas puras, y consiguientemente buscaban sus modelos y maestros en el mundo griego antiguo. Es cierto que alguna inyección de Cristianismo diferenció las obras del genio renacentista de las del genio helénico, pero esta inyección fué en la mayoría de los casos solamente subcutánea, puramente temática. Es decir: el Renacimiento Artístico trató profusamente el asunto cristiano, pero con un espíritu, con una concepción sutilmente paganos. Únicamente la causa material fué bautizada por el Humanismo.

Ya había muerto el tiempo aquel, tan profundamente cristiano, en que el escultor golpeaba la piedra con su escoplo, mientras golpeaba también su pecho de pecador con los golpes de la penitencia. Ya había pasado aquella edad profunda de las inmensas catedrales góticas y de las vidrieras estupendas, en que la Cruz no tenía su cuarto de hora en la distribución del tiempo, sino que formaba la entraña misma del hombre y las instituciones.

En el terreno religioso surgió la Reforma Protestante y escindió la raíz del Catolicismo con su doctrina del pecado original y de la justificación, propagándose rápidamente por una gran parte de Europa y creando la división confesional, que más tarde habría de ser un hecho consumado e irremediable. ¿Qué restaba de los principios culturales que sustentaban la plasmación temporal de la Cristiandad en la Edad Media?

¿Era posible que prosiguiera viviendo una Edad, cuyos fundamentos ideológicos temporales no servirían para matriz de los nuevos tiempos que ni aún en el aspecto político po-



LA REVOLUCION RUSA



día imponerse, puesto que lo político estaba indisolublemente ligado a su ideología religiosa en la aspiración del Sacro Imperio? ¿Puede vivir un cuerpo después de haber perdido el alma? Tal era el caso de la Edad Media, cuando el Renacimiento y la Reforma imponían al mundo su peculiar cosmovisión. En ese entonces fué muy difícil apreciar en toda su realidad el derrumbe y el surgimiento, pero ahora, a una distancia varias veces secular, con toda nitidez podemos observar ambos fenómenos. Por eso mejor que nosotros, juzgarán los acontecimientos los hombres del futuro. Nuestra vista está pegada al libro y no leemos en él sino a costa de muchos esfuerzos y equivocaciones.

Idéntico derrumbe e idéntico surgimiento notamos en las postrimerias de la decadencia imperial romana. Es, por consiguiente, un hecho perfectamente establecido que al nacimiento de una nueva Edad precede la liquidación de los valores de la edad anterior.

Un signo externo de este advenimiento se nota al estudiar la estructura geográfica de los diversos países. Cuando se está liquidando un tiempo histórico, la configuración, los límites de las naciones se alteran profundamente y con una rapidez tal que en pocos años ya no nos sirven los mapas, y es menester dibujar otros más recientes. Los pueblos pequeños desaparecen, como para dejar lugar a que los grandes se encuentren frente a frente. Es la guerra entonces, la guerra más o menos universalizada, tumor en que se manifiesta la lucha sorda desarrollada con anticipación en el espíritu de los pueblos.

Y bien: el clima espiritual que cubrió al mundo desde la Revolución Francesa hasta nuestros días, ha perdido ya su fuerza. El Liberalismo se ha resquebrajado por todas partes y se desmorona con estrépito. Años antes de estallar la actual contienda bélica, las concepciones liberales caían como rotos anillos a los pies de Europa, cuya cintura habían ceñido con tanta pasión. Uno a uno los países europeos estrangulaban a su alegre dios. Alemania, que lo sepultó bajo la swástica; España, que lo clavó en la cruz con cinco flechas; Italia, donde se vió rodar su débil cabeza al filo de las hachas nuevas; Francia, cuyos hombres rosados (socialistas liberales) se empeñaban —sin quererlo— en transformar su cuna en una tumba roja (Frente Popular). Y detrás de ellos, en un mundo aparte, Rusia, que no conoció liberalismo, ni Renacimiento, ni Edad Media, pero que pudo levantar sobre las cabezas truncales del zar y de la burguesía, la hoz y el martillo, bandera de muerte para la ideología liberal. Ella se agitó como lengua de fuego sobre las masas obreras de todas las naciones europeas, disputando en cada una de ellas a sus decididos adversarios la posesión de los destinos nacionales sobre el gran cadáver del liberalismo.

En todas partes se ha dado la batalla a este hijo de la Revolución Francesa. En todas partes y en todos los sentidos. En el aspecto económico-social, el vasto movimiento obrero con el resurgir de las corporaciones, gremios y sindicatos se ha producido y desarrollado en franca rebelión contra los principios básicos de la economía liberal. En el aspecto político, acabamos de ver cómo (ya antes de la guerra) han sido derrotadas en Europa las democracias liberales por regímenes totalitarios o por mesuradas dictaduras. En el aspecto religioso, el indiferentismo del Estado ha sido substituído por la persecución —directa o indirecta— de la fe o por su decidida propugnación. La libertad permanecerá, pero el liberalismo desaparecerá totalmente de este mundo, por donde, como por un teatro, ha pasado con toda su mascarada de resplandecientes mitos, con el mito de la neutralidad religiosa, con el mito estético del romanticismo, con el gran mito del "hombre bueno" que soñara delirantemente el viejo Jacobo Rousseau. Si la guerra del 14 no asestó sobre esta cabeza alucinada el golpe definitivo, no nos puede caber la menor duda de que esta obra contemporánea será su último verdugo.

Y bien. Hemos convenido en que el liberalismo no resiste ya la dialéctica de los tiempos, la dialéctica de la historia. Ha terminado, pues, o está terminando su reinado, es decir, la época que ha hecho posible su reinado. Entramos de consiguiente en una nueva edad, ya que en la historia no existen zonas neutras. ¿En qué sentido será esta Edad una nueva Edad Media? Es evidente que no la podemos llamar así sólo en razón de su significado nominal, pues cualquier período histórico media de hecho entre otros dos. Decimos, pues, que es una Edad Media en cuanto esta palabra "media" expresa un determinado estado psíquico en los pueblos. Sería en este caso exactamente sinónimo denominarla "edad crítica o de transición". Tiempo duro y confuso que exprimirá el pasado inmediato, como se exprime la uva en el lagar, para que finalmente no quede de él sino lo que sea digno de ensamblar armónicamente en la constitución de un mundo sensato, rico en reservas de energía espiritual.

No creamos que las dictaduras lograrán pasar más adelante de la noche medioeval que ya vivimos. Por su misma naturaleza son fórmulas de momento, cirugía de excepción, ya que la enfermedad del cuerpo social que de ella necesita es asimismo una enfermedad excepcional. Pero no es necesario ser profeta para adivinar que la noche del mundo, la noche de Europa —la época nocturna de la nueva Edad— habrá de ser también una noche de invasión bárbara, una roja noche de Moscú.

ERNESTO A. SUNDBLAD.

Una revolución es siempre una suma y una sanción. La revolución rusa lo fué del gobierno burocrático secular, de la denegación de la reforma agraria necesaria, de la ley electoral del 3 de junio de 1907 que desnaturalizó el régimen representativo otorgado en 1905 y transformó la Duma en Senado Octaviano. La guerra descubrió cruelmente las taras del "régimen".

Nada más falso que el bolchevismo haya liberado a Rusia del régimen autocrático-religioso de los Zares. Quien derribó al gobierno autocrático fué la Pre-Revolución de febrero de 1917. Inoportuna tal vez, erró su blanco por debilidad e incompetencia de sus caudillos, por la ignorancia y la pasión de la masa. Su *evolución* teórica (a lo Vergniaud) fué cortada por la irrupción bolchévica, que haciendo jugar los instintos del populacho y apoyando en la línea de menor resistencia (paz inmediata, reparto de tierras) se mostró con Lenin más realista que los inteligentes ideólogos de Kerensky.

Muchos han renegado llorando de la Pre-Revolución de febrero. Pero Alexis Schingaref, hermosa alma, Ministro de Finanzas con Kerensky y miembro de la Constituyente en 1917, exclamó en el momento de ser fusilado por los bolchévicos: "Si pudiera, volvería a hacer lo mismo".

Kerensky, dumista, vicepresidente del Consejo Obrero, socialista, abogado de causas políticas, popularísimo entre los soldados de Petrogrado y larischeras por el gran proceso de los obreros auríferos del Lena en 1912, lanzado a la Revolución en cuerpo y alma; era en 1917 el único ministro socialista del Gabinete, a la vez una concesión a la revolución social y un rehén del Gobierno burgués. Al retiro de Guchkof, Kerensky es nombrado Ministro de Guerra, para calmar a las tropas. En mayo de 1917 su gloria está en el cenit. Su inspección de las tropas del Sud-Oeste es una apoteosis: recorre todo el frente cubierto de flores, y al llegar a Kodols hace una especie de Concilio de Oficiales presidido por su satélite el General Brussloff. Entusiasmo delirante cuando les ordena preparar la gran ofensiva. Juran todos morir por la Rusia y la Revolución. Esta idea, hacer la ecuación de la Revolución y la Santa Rusia, es el centro de su política. Su gran promesa es una "Nueva Rusia". ¿Organizada cómo? En concreto no lo sabe, ni en abstracto tampoco.

Por una serie de faltas cometidas en nombre de la Revolución y nacidas de la confusión de su cabeza, arroja a Rusia, a quien ama, en las manos del bolchevismo demagógico y desenfrenado.

Kerensky lloró sobre el desastre de Tarnopol, más que todo viendo las tropelías de sus soldados desbandados. "La pena de muerte queda abolida para siempre en Rusia", había sido su primer úkase cuando Ministro de Justicia. Perplejo ahora delante del motín de la soldadesca, el secretario Boris Savinkof, antiguo terrorista, la decreta por sí y ante sí; y Kerensky la ratifica. Hombre valeroso, sabía gritar al ejército, ya medio anarquizado; pero era un coraje impulsivo. El Consejo de Obreros y Soldados de Petrogrado se le impone con su tozudez. El temor de una "reacción de las derechas" lo inhibe y manea. El poder lo emborrachó, y su amor propio enfermizo le alejó muchos oficiales. En fin, los intrigantes y los aduladores lo enredaron.

En septiembre de 1917 Kerensky y su Revolución estaban anulados y eran un fantasma y una cascara. Cuando en noviembre Lenin arrebató el poder, nadie se movió por Kerensky, como en marzo nadie se había movido por el Zar Nicolás. El gobierno provisorio cayó como "fruto maduro" en manos de Lenin, el cual se glorió de haber "sacudido el árbol" aunque en realidad esta suprema gloria pertenece al judío Bella Bronstein, el autor de la paz con Alemania, de sobrenombre Trotzki.

¿Por qué la prácticamente indispensable Revolución-Evolución de febrero degeneró? Toda verdadera revolución es un mal, es una enfermedad. De una enfermedad se puede salir con más salud, pero eso no hace que la enfermedad sea salud. Hubo una coyuntura en que la Revolución de febrero pudo evitarse; y se perdió. Una vez perdida la ocasión de 1912, la mayoría de los políticos lúcidos creyeron la Revolución imprescindible, como un mal necesario, pero para después de la guerra. Estalló prematuramente, provocada por la presión de los extremistas y también por actos criminales del Gabinete, el cual por ejemplo hizo ametrallar desde los techos por policías disfrazados a una huelga insignificante, para poner delante del Zar como los salvadores de la situación y los hombres indispensables.

La razón, pues, del fracaso de la Revolución fué primero su precipitación, como lo atestiguan en sus memorias el Embajador de Francia. Después la ausencia de una clase preparada para recoger el poder de la burocracia. Encima faltó un jefe, pues Kerensky no era un caudillo auténtico, hombre extraviado en ideas y poco enérgico. Luow, Mikolof, Schingaref, Terechenko y Savinkof, eran intelectuales bienintencionados despegados del alma del pueblo. Por último, el pueblo era muy ignorante, y estaba sin pastores y resentido. Su religiosidad profunda y explosiva carecía de control. La Iglesia Oficial Ortodoxa estaba demasiado identificada con el Gobierno, atada a él por vínculos no espirituales.

Hoy día vemos que nuestra Revolución kerenskiana desvió porque tenía que desviar. Desvió hacia el bolchevismo que respondía al estado real, aunque momentáneo, de las masas. El bolchevismo no es una irrupción de bandidos. Fenómeno mucho más profundo, y temible exteriorización de una grave enfermedad de los rusos, de su crisis religiosa y su fracaso moral.

Y, esto qué nos importa a nosotros? Nada. Me lo contó hace ya más de diez años el capitán Iván Kologrivof, ex-comandante de las Guardias de la Zarina, ex-coronel del ejército blanco de Wrangel, convertido en sacerdote jesuita, escritor distinguido, poliglota y teólogo.

Yo subí a mi cuarto y antes de dormirme lo escribí en un papel. Y ahora lo encuentro y me sirve para una nota periodística barata.

L. CASTELLANI S. I.

CONVIVENCIA POLITICA

El país necesita una transformación que implique el sometimiento al orden de sus fuerzas disgregadas. He aquí lo que no puede admitir discusión (*).

Podrá ser importante para muchos resolver si este orden ha de lograrse como término de una evolución o de una revolución. Aquélla comporta un cambio operado insensiblemente; ésta lo exige brusco y repentino.

La evolución puede ofrecer un grave peligro porque, a fuer de insensible, puede terminar por no obrar o por entregarse a merced de la menor resistencia, en un proceso francamente disolvente. La revolución, a su vez, movida por el anhelo de alcanzar la meta, puede pretender quemar etapas y aplicar un régimen insostenible que por querer ganar tiempo exponga a que se pierda todo.

La revolución que el país necesita debe proponerse resultados viables; y sólo la inteligencia puede indicarnos qué reformas y cómo y cuándo deben ser ejecutadas.

Para conocer ésto, es importante advertir que el problema de la vida pública moderna, aunque no es exclusivamente político, reclama solución, y primordial, en el plano político.

El problema no es exclusivamente político. Intervienen en él graves desvarios morales, como una concepción materialista de la vida, una sed irrefrenable de placeres, diversiones, un ansia insaciable de riquezas y de confort y, sobre todo una falta de sentido de la vida que se torna en hastio de la misma; intervienen asimismo trastornos físico-psíquicos, como debilidad de la voluntad, desorden de las pasiones, desazón de la sensibilidad, trastornos nerviosos, producidos por el desconcierto de la vida; concurren también factores económicos diversos, como flagrantes injusticias sociales, derivadas del discrecionalismo patronal en el tratamiento del personal asalariado o a sueldo, o un encarecimiento de los artículos de más urgente consumo, o la aparición de problemas, al parecer injustificables, como la desocupación o las crisis; se agrega a ésto el desamparo en que se encuentran los individuos frente a la pertinaz exigencia de un medio social, en el cual se hallan cada vez más extraños, lleno de infidencia, de sórdido interés y carente de amistad y de respeto y frente además a un progresivo aumento de coacción de una burocracia administrativa todopoderosa; se suma también un embotamiento de la sensibilidad provocado por la invasión de una inconcesable propaganda a base de todos los recursos, que sofoca la capacidad de reacción del hombre medio; y por encima de todo esto y como su resultante y su causa a la vez, la incapacidad mental en que queda sumida la gente, impotente de dar un sentido a la vida, de descubrir sus porqués, de despejar la incógnita de su término.

El problema evidentemente no es sólo político, aunque contenga múltiples supuestos de este orden y adquiera en él sensible relieve. Pero el problema busca solución política, es decir, que las gentes, así como son y precisamente porque son así, faltos de profundidad y hartos de frivolidad, reclaman la posibilidad de la convivencia política. El problema se resuelve, en última instancia, en la necesidad de un gobierno que asegure esta convivencia. De aquí los repetidos e inconscientes llamados del hombre común en general al Estado, como supremo y universal remedio de todos sus males.

Sería error inferir de aquí que el problema consiste en una lucha por la detentación del poder o por su forma de traducirse. Las gentes, sin saber expresar los porqués, han perdido la fe en todo recurso electoral, como medio que asegure el logro de un buen gobierno. En rigor se debe ésto a una ley análoga a la de Gresham, por la que la mala moneda desaloja a la buena, cuya verificación mientras operaba en un medio relativamente homogéneo y reducido no alcanzaba al hombre común, pero que se hizo evidente tan pronto como verdaderamente se universalizó el régimen democrático, llegando a ser tan inevitable el triunfo de los peores elementos de la comunidad, que los cimientos de ésta se estremecieron.

De entonces aquí las gentes perciben, intuitivamente, que el gobierno político que de su naturaleza comporta un ordenamiento virtuoso de la ciudad, no es ya compatible con el electoralismo, cualquiera sea la forma en que ésta sea agenciado. Por lo mismo sienten desconfianza de la propaganda y de los movimientos de masas y, sin entrar a averiguar las causas de los fracasos o de los éxitos de estos diversos métodos de proveer el poder, han perdido en ellos todo interés. Sencillamente que el mito democrático con todas las secuelas que encerraba, se ha deshecho.

Y a la gente de hoy, sólo le interesa que se gobierne bien. Alguno podrá preguntar cómo se han de elegir entonces los gobernantes. El problema es muy real, sin duda, pero no tiene vigencia para el hombre común... no le interesa. En este sentido, la normalidad o la constitucionalidad han perdido también toda vigencia. Sólo son grupos o individuos aislados, rezagos de un mundo ido, los que claman por esta vuelta. Ello no quiere decir que si estos grupos tuvieran posibilidad de alcanzar el poder no contarían con el apoyo popular. Seguramente sí. Porque en las gentes hay un respeto al poder por el poder mis-



SANTA ROSA

Floreció en Lima en el primer siglo de la Conquista. Su vida no fué un milagro aislado, desconectado del medio, sino el más hermoso fruto que la Gracia, derramada a vaudales desde los días de Colón, había logrado en América. En pleno Siglo de Oro de nuestra civilización hispánica, la eróllisima Rosa de Santa María se destaca al lado de San Francisco Solano y del beato Martín de Porres en la Ciudad que honraría el háculo de Santo Toribio de Mogrovejo.

El Tahuantinsuyu, cuando el Demonio reinaba con todo su cortejo de pecados capitales, había reservado un lugar para mozas apartadas del destino común de sus mujeres; era Acllahuasi donde las áustas escogidas vivían consagradas al Sol. La América escéptica y calvinista de hoy abunda en mujeres envejecidas en la soltería. Pero ni los imperios paganos ni los paraísos protestantes podrían producir jamás una Rosa como ésta. Porque Rosa es una esposa del Señor, y en ella la virginidad es la añadidura de los divinos desposorios y la soltería un riesgo superado.

Como la Santa Iglesia, arquetipo de Esposa, la doncella traducía su amor en una alabanza perpetua. Tratándose de alabar al Esposo, los obstáculos de su ignorancia natural eran arrollados por el torrente de Gracia que inundaba su corazón, y así daba libertad a su inspiración en versos sencillos a la par



mo, sin fijarse quién lo detenta ni cómo lo ha adquirido.

El problema fundamental que interesa a este conglomerado social que constituye hoy la nación y que, a su vez, está formado por una masa inquieta, desasosegada, distraída en mil preocupaciones frívolas, consiste en que se gobierne bien. ¿Y qué quisiera expresar con ésto de buen gobierno?

La filosofía tradicional enseñó que los fines del buen gobierno son la paz, la abundancia de bienes económicos y la virtud, atribuyendo a esta última, la excelencia.

Las gentes hoy no sienten interés por la virtud, aunque tampoco sienten contra ella ninguna especial disposición; la abundancia económica les halaga pero no cifran en ella la norma del buen gobierno. Les parece que éste resulta tal cuando les asegure la paz, la tranquilidad.

No es menester abordar el análisis para descubrir la índole de las postulaciones que en la subconciencia colectiva despierta este anhelo de paz. En substancia, se resuelve por un rechazo de todo lo que consideran extremismo, sea religioso, social o político.

que hermosos; arrancada suaves armonías a la vihuela, y hacia acompañar sus cánticos con los trinos de un ruiseñor que diariamente acudía a la ventana.

Terciaria de Santo Domingo, no hurtó el cuerpo a las más rigurosas penitencias, que eran, en realidad, las espinas de la Rosa. Breves instantes de reposo sobre un lecho cubierto de vidrios y cantos rodados; un pastel de pan pisado y yerbas secas en los días que no ayunaba con mayor rigor aún, y una celdilla mal construida a la que acudían enjambres de mosquitos para hacerle compañía: he ahí todo el regalo de su mortificada humanidad. A ello añadía sus penitencias, las terribles penitencias de la carne inocente: la triple corona de clavos, el cilicio de crin, el cingulo de hierro, amén de los azotes y los brevesajes de hiel... ¡Con razón en la hora de su glorioso tránsito padeció los dolores de la Cruz!

La pobreza no la molestaba en el ejercicio de la Caridad fraterna. Ingeniábase para socorrer a los menesterosos; con los enfermos llegaba a heroísmos imposibles para un ser humano que no haya alcanzado la santidad, y, llevada del gran amor que al Dueño y Señor de todo lo creado tenía, no excluía de su solicitud a los más humildes animalitos.

Más de una vez luchó a brazo partido con el Demonio. Aparecíasele con toda su horrenda fealdad, porque verlo así es propio de los santos, como no verlo en manera alguna ni percibirse siquiera de su presencia es común entre quienes padecen su dominación. Peleaba Rosa con el Maligno en duelo singular, como contrincantes absolutamente separados y opuestos, y la Santa siempre vencía en el Nombre del Señor.

El Enemigo suele servirse de satélites humanos que en épocas oscuras como la nuestra viven mezclados con el pueblo fiel y hasta pretenden conducirlos. En tiempos de Rosa, en cambio, los americanos individualizaban fácilmente tales secuaces, y los herejes mostraban fácilmente su perversidad presentándose con ropaje de piratas. Por eso la Santa que había triunfado contra el príncipe del Mal podía ser comprendida por las devotas mujeres de Lima, cuando les hablaba de guerra santa contra los impíos filibusteros de entonces.

Esta América nuestra que, como dijera el poeta, aún reza a Cristo y habla español, precisa de Rosa. No en vano la Santa Iglesia la ha proclamado patrona del continente. A ella le corresponde pues defenderlo de los enemigos de afuera y de adentro, de las potencias infernales, y perdonésemle la expresión, de la justa ira de Dios.

SANTIAGO DE ESTRADA.



Que en un país católico como el nuestro la Iglesia o sus sacerdotes desarrollen una gran actividad católica, que se organicen actos públicos de culto, que se imparta enseñanza religiosa en las escuelas públicas a los alumnos, cuyos padres lo desean, no provoca disgusto, y hasta diríase que merece aprobación, siempre que haya tolerancia para los de otros cultos y opiniones; pero que los mismos parezcan ejercer influencia o intrometerse de cualquier manera en lo que consideran político, les parece intolerable fanatismo.

En el sector económico de la vida, las gentes en general se muestran impermeables a ensayos o teorías económicas, de cualquier índole que fueran, como asimismo a una reglamentación excesiva. No sienten resentimiento contra los ricos o los poderosos o los más afortunados y hasta diríase, más bien, que tienen por ellos una subconsciente admiración; ansían, en sí, una seguridad suficiente de vida que les permita pasarla bien, de modo estable y con seguridad para el porvenir. De aquí que sea tan común el caso de los que prefieren un empleo, sobre todo si es

del gobierno, a un trabajo más riesgoso mejor remunerado.

La demagogia social tampoco es recibida con los auspicios que pudiera imaginarse. No saben por qué pero encuentran todo esto como innovaciones raras y experimentan un temor por lo que pueda suceder. El concepto popular de "justicia social" envuelve un vago sentido de posibilidad de vivir sin estrecheces en lo económico, con cierta seguridad y una como igualdad de trato, de rozamiento entre las personas de diferentes fortunas. Le encanta a la gente que los ricos se den y les irrita cuando se apartan y parecen orgullosos. Bajo este aspecto experimentan un fastidio por lo que sea distinción o por todo cuanto comporte un sello auténtico o disimulado de superioridad.

En la convivencia política, el común sentir de la gente se aleja también de todo lo que considera extremismo, llámese comunismo o fascismo. Y el valor de estos términos no se los mide por la substancia que las respectivas ideologías encierran, si no más bien por características superficiales, como el empleo de la violencia, sea de palabras o de obras, o por cierta pertinacia en defender principios.

Las gentes en política quieren gobernantes sencillos que se den, que se pongan en contacto con el pueblo. A los inteligentes los admiran, pero si descubre en ellos tendencia a retraerse o apartarse, les hacen el vacío hasta abandonarlos. A los gobernantes que han sabido captarse las simpatías populares los rodean con su afecto, aun cuando adviertan que no sirven; y si su incapacidad los torna peligrosos, no dudarán en abandonarlos, aunque los seguirán acompañando con una significativa simpatía. El caso típico de Irigoyen.

El argentino no quiere que lo atropellen. Aquí radica el fracaso de la política internacional del departamento de Estado de Norteamérica. Hería demasiado sensiblemente el amor propio de la población y esto fue decisivo para que se tomara una actitud muy similar —en cuanto a sus características psicológicas— a la de los entusiasmos y fanatismos por el propio equipo en los "matches" de fútbol. Por esto, el asunto de la soberanía prendió en el alma colectiva con vigencia y arraigo, que nadie, por ahora, será capaz de extirpar.

Este estado del hombre medio social que hemos tratado de caracterizar someramente no se funda en un hábito virtuoso, es decir, en una resolución permanente de la voluntad de ajustar su conducta a lo que la inteligencia señala, sino más bien en un estado afectivo, sentimental, de amor a lo mediocre, a lo fácil y de defensa contra lo arduo y desconocido. Es una actitud pasiva de la afectividad con predominio de los sentimientos de bondad y compasión.

Antes de formular ningún juicio de valor sobre este estado es importantísimo advertir su verdad de realidad social. La realidad social es ésta y no otra. He aquí lo que debe tener en cuenta el político si no quiere fracasar ruidosamente. Estamos ante un conglomerado social al cual no le interesa la verdad, la virtud, la gloria o el heroísmo. Tampoco tomará partido por la mentira, el vicio o la humillación. No se dejará matar por ellos ni contra ellos. Sólo le interesa verdaderamente hacer buen papel, buena figura, buena apariencia, en el medio donde la suerte le ordene actuar. Sensible en grado extremo al amor propio, teme, por encima de todo, el ridículo o el quedar mal.

No hay duda que esta realidad ofrece gravísimos peligros. Por de pronto, no hay cenata hacia la virtud que debe constituir, en definitivo, la razón de ser de la convivencia política. Esta disposición a contentarse con lo mediocre no es sino un sensible resbalamiento hacia la disolución social. Es este el caso típico e inevitable de los nuevos gobiernos populares.

Este estado ofrece, sin embargo, grandísimas ventajas que no han de pasar inadvertidas al gobernante que quiere gobernar políticamente, esto es, aplicando la inteligencia. Se ofrece en primer lugar grandísima plasticidad para introducir reformas substancia-

les con tal que éstas se efectúen sin herir intereses sensiblemente vivos. Las gentes no rehuyen formas nuevas de convivencia; lo que sí rehuyen son los cambios bruscos, intempestivos, las reformas violentas. Y las rehuye, porque, al no ser capaz de un proceso intelectual que se percate de la bondad y necesidad de estas reformas, mide su valencia por las molestias o trastornos que ocasionan. Aquí radica el fracaso de toda acción gubernativa frenética. Que quiera imponer reformas rompiendo todas las etapas de un proceso evolutivo razonable; que quieran imponerlas haciendo sentir su imposición y que son reformas; que quiera imponerlas al son de ruidosa propaganda y si esto no basta, que quiera acudir a la violencia para imponerlas.

Por lo mismo, aquí radica la facilidad increíble de ser fácilmente gobernado que ofrece nuestro conglomerado social, en manos de un auténtico político. Político que vea la realidad social, que vea hacia dónde debe ir encaminada, que sepa ver hombres para elegir sus colaboradores, que tenga pasión del bien público y, por fin, que sepa querer. Pero lo principal es que sepa ver. Un político que vea y que sepa querer y ejecutar, aunque no sea un genio, puede, y sólo él puede, asegurar la convivencia política que el país necesita y ansía.

NUESTRO TIEMPO.

(1) Ver el artículo *Inteligencia y Revolución* en el Núm. 9 del 25 de agosto.

INGRESO A LA UNIVERSIDAD

El equivocado concepto que se tiene del valor y significado de los estudios postprimarios suele expresarse en la consabida frase: salir del Colegio e ingresar en la Universidad.

Tradúcese con estas palabras un sentir común a muchas mentes jóvenes y aun maduras, y se deja entrever un perfil de la vida universitaria, que no es real y auténtico. La vida universitaria en su aspecto formativo se desenvuelve, según esa interpretación, exclusivamente dentro de las diferentes facultades que otorgan títulos habilitantes del ejercicio profesional.

Evidentemente el título profesional, aun excluido el doctorado, es una cierta culminación y término, que corona el proceso formativo del ciudadano hasta ponerlo en condiciones de sostener la responsabilidad de una profesión elevada que maneja intereses morales y materiales de gran estima en la convivencia social.

Es legítimo derecho preguntar entonces: si la Universidad es exclusivamente la facultad y su formación abarca evidentemente un ciclo o período terminal y de culminación, ¿quién se hace responsable del período inicial en esa formación que culmina con la responsabilidad del título universitario?

He ahí el problema de nuestra enseñanza postprimaria.

Dos razones pueden desobligar a la Universidad a no ser enteramente responsable de la faz inicial en la formación de sus egresados: la incapacidad de hacerlo o la despreocupación por el comienzo de una formación a la cual debe dar remate la Universidad.

Si la Universidad es incapaz de iniciar la primera etapa de una formación superior, ¿es capaz de coronarla? ¿Cómo llevar a buen término una obra arquitectónica, cuyo principio directivo fundamental se ignora y se es incapaz de comprender y realizar?

La Universidad es capaz de lo superior; es consiguientemente, capaz de lo inferior. Queda, por ende, descartada la primera razón.

La Universidad tiene una exigencia impuesta por su propia índole de instituto formativo superior.

Superioridad significa tanto como esfuer-

no para alcanzar aquel grado de cultivo espiritual que dentro de la época ha logrado conquistar el hombre.

Para la vida científica eso implica un cultivo del entendimiento hasta alcanzar la activa investigación en las disciplinas humanas que forman el patrimonio intelectual.

Sólo es posible la investigación sabia cuando el entendimiento en su disposición habitual, es capaz de transitar esbelto, los caminos de esa persecución ansiosa por la verdad que las ciencias humanas buscan.

La formación de los hábitos mentales es fruto de una cuidadosa y temprana educación. Tardío, aunque no imposible ni totalmente ineficaz, es el esfuerzo que en este sentido se hace luego de la primera juventud si no ha precedido cuidadosa y temprana sollicitud de maestros junto a la docilidad de discípulos.

La contracción al trabajo científico, lleno de arideces previas, flanqueadas con frecuencia por la incomprensión ambiente, requiere una solidez de convicciones y una seguridad en la actitud espiritual del investigador, que si no tiene el apoyo de una vocación arraigada en el ideal —cosa tan propia de la juvenil generosidad— difícilmente se sostiene y persevera; difícilmente logra hacer efectiva la conquista de la verdad por la investigación sabia.

No es indiferente para la Universidad la formación temprana de sus futuros elementos.

¿Cómo despreocuparse de aquella primera condición intelectual y moral que hace posible el logro de la finalidad que persigue la Universidad en su estructura?

Rueda por el suelo, a fuer de inconsistente, la segunda razón alegada para desobligar a la Universidad de la formación postprimaria.

El razonamiento que precede lleva sin atajos a la siguiente conclusión: para la Universidad el primer problema estrictamente universitario radica en la formación postprimaria del que aspira a la formación superior o universitaria.

La forma en que resuelva la Universidad este problema y la manera de superar las dificultades que le son inherentes, constituyen la primera tarea de la Universidad.

El resultado que se obtenga, será el primer resultado de la Universidad.

La credencial con que la Universidad consagra ese primer resultado, es la primera credencial de la Universidad.

Las credenciales de la Universidad son sus títulos académicos. El primer título académico universitario es su Bachillerato; ya que no puede considerarse un Licenciado y menos un Doctorado sin la primera formación que hace posible ser verdaderamente Doctor universitario.

Esta significación auténticamente universitaria del Bachillerato académico que expide el Colegio Universitario de San Carlos lleva aparejada la pertenencia no menos auténtica de todos sus alumnos, al rango universitario.

No es lo mismo complementar la formación primaria para adiestrar a los jóvenes en las disciplinas fundamentales que les permitan impostarse en la convivencia, desenvolverse y defenderse en la actividad diaria y económica, que prepararlos para recibir una formación superior capaz de convertir al educando en un sabio investigador, maestro, docente o doctor.

Como ambas enseñanzas formativas se dirigen a fines tan claramente distintos, no cabe duda que son también inconfundiblemente diversas. Son dos caminos que llegan a ciudades distintas.

Esta clarificación de conceptos alcanza a resolver un interrogante —equivoco planteo de una cuestión— acerca del carácter teórico o práctico, útil o no, que debe revestir la enseñanza llamada media.

Por de pronto, el carácter mediático no corresponde a aquella enseñanza postprimaria que prepara ya para actuar y vivir, sin pretender adiestrar para algo más en el orden del saber. Su carácter es más bien complementario y dirigido al hacer, no al saber puro en su rango más alto.

Enseñanza media es aquella que en sí no es un fin o término sino un peldaño para una meta última y más elevada.

No se le puede exigir a una tal enseñanza sino que exclusivamente forme, con prescindencia de la acción y la práctica inmediatas y toda ella adiestre al educando en función del ulterior y superior coronamiento formativo, que es propio de la Universidad.

Queda así expresada la significación y alcance del grado académico que hoy se otorga, su valor y el sentido que debe tener toda la preparación que conduce a él.

La planificación de la enseñanza postprimaria en manos de la Universidad, se rige por esta noción fundamental del fin.

Todo ordenamiento que no se ejecuta en función de las causas finales, termina en una confusión.

JUAN R. SEPICH.

MUSICA

BORIS GODUNOFF

La reposición de *Boris Godunoff*, de Mussorgsky, en el Teatro Colón constituyó uno de los hechos culminantes de la actual temporada. Dirigió Albert Wolff con su habitual pericia y musicalidad, aunque su fino temperamento, tan francés, no supo adaptarse con la suficiente fidelidad al espíritu rudo y a veces hasta brutal de la música rusa.

Caso singular el de Mussorgsky: sobreabundancia espiritual e indigencia técnica son sus características sobresalientes. El hada de su inspiración, deficientemente servida, ostenta, no obstante, su sello inconfundiblemente auténtico. Más frecuente y mucho más lamentable es el caso inverso: simulación de espíritu a cargo de una técnica hábil.

Asqueado del romanticismo almidonado y falso de su época, Mussorgsky busca lo "verdadero" y cree hallarlo en el realismo al que se entrega generosamente. Ama lo trágico en su aspecto objetivo; no es un lírico. Lejos de retroceder ante lo feo lo describe con complacencia; la analogía con Dostoiévsky es evidente. Su técnica bárbara, "self-made", es el polo opuesto de lo convencional, de lo académico. Esto, unido a su temperamento antiromántico lo convirtió en ídolo del incipiente movimiento impresionista francés, cuyos principales representantes, con Debussy a la cabeza, vieron en Mussorgsky nihilista, el libertador que había de allanar los obstáculos opuestos a la nueva estética musical que se vislumbraba.

El desconcierto que experimentamos al intentar una descripción de la técnica de Mussorgsky se debe al carácter absolutamente empírico, instintivo, asistemático que aquella posee. Sin embargo, el empleo frecuente de giros, modales, propios del folklore ruso y de la liturgia ortodoxa puede señalarse como una nota constante de la escritura de Mussorgsky.

Boris Godunoff, obra maestra, cumbre del teatro lírico ruso, impresiona vivamente por la sinceridad de la expresión y por el vigor de la inspiración. No todos los momentos son felices ni la calidad se mantiene constantemente a un mismo nivel. Hay momentos débiles pero son escasos y se hacen perdonar, no mediante el pretexto de la sinceridad (de la que Ravel dijo que es "a lo más una explicación, nunca una excusa") sino en virtud del espíritu de verdadera grandeza que campea por toda la obra.

El papel de Boris estuvo a cargo de Felipe Romito, que se desempeñó con mucha eficacia. El vigor que puso fué, en ciertos momentos, insuficientes; no obstante supo expresar con bastante propiedad la compleja gama de



sentimientos del protagonista, Zaira Negro, ni, así como Juan Zanín, acertados en sus respectivos papeles de Marina y Pimen. Al respecto Bandini, de timbre dulce pero monótono, personificó un —¡ay!— *italianissimo* "falno, Dimitri" y un no menos peninsular Chulsky. Otros integrantes del extenso reparto tuvieron una actuación correcta y lucida. La acogida dispensada por el público fué de lo más favorable.

PEDRO A. SÁENZ.

TEATRO

UNA OBRA COMICA DE BENAVENTE

Se presenta en el Smart *La culpa es tuya*, comedieta en tres actos de Jacinto Benavente.

Como todo lo de Benavente, es esta una pieza casi sin argumento, no hay hechos y apenas si hay problema. Todo es "palabra", dialogada con una sencillez admirable.

El teatro benaventino es contrario a todo lo que sea efectismo: no pone vértigo en el espectador para obtener de él una emoción efímera mediante recursos maiaabáricos en la trama. Exceptuando *La Malquerida*, que es de las pocas obras de Benavente donde los hechos se suceden con tonalidades espectaculares, todas las demás piezas se basan en la palabra y no en los actos. Los sucesos escénicos casi no existen, todo es diálogo. Como dijo un escritor, "es un teatro que se basa casi únicamente en el sortilegio de la palabra bella" (1).

Puesto en trance de juzgar ese teatro del que dicen ciertos críticos que los personajes hablan demasiado, puedo transcribir un párrafo de Thierry Maulnier, en su libro consagrado a Racine, titulado *Grandeza del idioma*. Dice: "mostrar en escena monstruos y asesinos, y sangre y brillantes trajes, y multitudes y batallas, todo eso es bueno para los primitivos, para los románticos o para las criaturas. La grandeza y gloria del hombre estriba en ya no tener necesidad de mostrar, porque ha aprendido a decir. El arte más exquisito es necesariamente aquel en que el idioma (honra de los hombres, como dijo el poeta), ocupa el lugar eminente y el papel "mayestático". Semejante arte es difícil, porque se corre el riesgo de la abstracción y la indiferencia. No cuesta mucho que el teatro se entregue a la mímica grosera de las pasiones, de la furia o el pavor; cuesta más "decir" el amor, la ira, las quejas, los sollozos, las ternuras... "decir" la vida, en fin".

La culpa es tuya tiene el "mínimum" de trama necesario para que haya teatro: un matrimonio ya entrado en años se ve en la necesidad de separarse debido a un viaje que debe emprender la mujer (1.º acto). Al marido sólo se lo ve muy rodeado de amigas de su señora que le obsequian, y con las cuales él aparece muy condescendiente; las interpretaciones de esa condescendencia se hacen caprichosas y la habladería femenina pone en difícil situación al marido (2.º acto). Vuelta del viaje la mujer, todo queda como era antes, gracias a la intervención de un sobrino que con unos versos en francés resuelve el pequeño problema que la obra plantea.

El espectáculo divierte por la fina comicidad de los personajes, comicidad tanto más exquisita cuanto que no se asienta sobre recursos groseros ni bufonerías, sino más bien en una especial gracia en el hablar, que fluye naturalmente del giro que el diálogo va tomando.

La interpretación, si bien no fácil de realizar, es sobresaliente en García León y en Ornat, sobre todo en el último de los nombrados, gracias a que su rol se encuentra mejor amoldado a sus posibilidades. Un poco mejor que mediocre es, en general, la de los demás.

HÉRCULES SPAGHI.

(1) Octavio Ramírez: *Cronología y Ordenación del Teatro Benaventino*. ("La Nación", abril 7 de 1940: 2.ª secc., pág. 3).

LA ESPERANZA

FRAGMENTO DE "LA BATALLA"

Tan grande es la fatiga —no el cansancio—
por las veces que caen mis soldados,
que miro en derredor con alegría;
alabo esa fortuna de caídas
y mi llanto se traduce así:

¿Dónde está el varón que alcanza el fuego
porque no desperdicia su calor de varón?
¿Dónde las brasas que ahuyentan al moho
y dan a las piernas soltura viril?
¿Dónde está el que hiere con acero
y sabe medir la culpa para el perdón
y no perdona por la sangre sino por el perdón?
¡Ay, Señor! Concédenos mirada y voz y andar de varón
cuando miramos, cantamos y transitamos en tu casa;
así podremos mirar sin pudor a nuestros hijos
y escapar ¡oh!, de la presa fácil de las águilas;
¡ay!, de los pobres cazadores de moscas.
Guay de quien esconde su debilidad con malicia
y cree que la castidad es nombre o música
o número de ausencia de la virilidad,
o de poder para empuñar la espada.
Guay del varón que tolere a las mujeres
clamar por una mayor hombría,
si ignoran su galardón de esclavas y su ser es engreído.
Guay de quien justifique que pidan alegría
donde confunden al dolor con la tristeza:
y olvidan que la gratitud es hechura del llanto y el dolor.

¡Me cerca el dolor y canta toda mi alma
y las cicatrices hacen confundir a los amilanados,
que quieren ver tristeza en mi corazón
que canta porque está herido y no es burgués!

El paso, la mirada y la voz amilanada
no es del gusto del Señor.
El quiere incienso y sacrificio
ofrendado por varón de corazón manso
pero gesto y libertad de varón,
y su mirada es de cólera para quien tiene pudor
de apreciar la femineidad de su mujer,
como los impuros que no saben la gloria

de regocijarse de El en todo tiempo y lugar
y que pretenden con su pobre inteligencia
criar alas aquí abajo,
porque olvidan —¡insensatos!—
que no es del hombre la faena
de mezclar el cielo con la tierra.
¡Ay; eslabones de lepra que encadenan al corazón!
¡Ay; la torpeza del pensamiento
que expulsa a la caridad!
Señor; dadnos otra vez las cavernas
para saber quién renuncia no sólo al enemigo
sino también a sus beneficios;
para que así, siempre así,
no pretendan por amor a esos beneficios,
justificarse día a día;
ay; pureza mil veces maleda!
Y olvidan también que la tiniebla es ahogada por el Sol
para que podamos alabar a las estrellas y a los ríos
y a todos los frutos de la tierra,
porque las alas son batidas
sin vergüenza de tiempo y de lugar.
¡Ay; olvido de su origen!
¡Ay; nieve que circunda los pliegues del corazón!
¡Ay; abismos sin calor del Sol y sin luz de la Luna!
¡Ay; cuerpos de cera capaz de morir al frío y a la lluvia!
¡Ay; desamor al sosiego, merced al amor a la impaciencia!
Y ésta es la frialdad que lo aleja del calor de su Señor
y así, con su pureza, ofende y malea a la pureza,
¡oh, vana promiscuidad de la pureza!
Tengo herida la garganta y los lobos me acechan
para saciar también su vana sed
con mi sangre que es libre.
No tengo a donde volver mis ojos
ni a donde tender mis manos;
pero por más que hago no puedo dejar de esperar.
Esta es mi fuerza; la espera.
Porque pese a la sangre, pese al enemigo,
pese al hereje y al mal sirviente
que defrauda al Amigo,
siempre espero a mi amigo.

ILKA KRUPKIN.

EXPOSICIONES

RAUL SOLDI

Hace tiempo que Raúl Soldi ha conseguido lo que, en el dominio de la técnica constituye la aspiración de los pintores, llamados modernos, es decir, de los que buscan libertad de expresión sin sometimiento previo a los claroscuros de la escuela académica o al sentimentalismo del público. La última exposición en la Asociación Impulso de la Boca, es prueba de ello.

Raúl Soldi logra con facilidad lo que otros muchos pretenden sin jamás alcanzarlo: maestría en el manejo de los recursos del propio arte, como juego desmenuado de los colores, de la luz, de los planos simples, del dibujo. Para Soldi la materia no ofrece resistencia. Es éste un mérito que le asigna destacado puesto en un país en que los buenos pintores no escasean.

Esto por lo que se refiere al artifice. Las condiciones del artista nos son reflejadas también por sus cuadros. En los cuadros con figuras humanas como elemento central no puede estar ausente el alma porque entonces la falta de este componente esencial del hombre deja una obra lamentablemente incompleta.

Pero si Soldi quiere representar bellos animales con apariencia humana sus cuadros constituyen obras maestras con verdadero alarde de armonía, de bellos colores y de buen gusto.

La muestra nos ofrece también cuadros de "gran composición" en los que la figura humana interviene no como figura central sino como símbolo o palabra cuya lectura no interesa aisladamente sino en el conjunto en que se mueve, como cifras de un enigma que el espectador solucionará si posee la clave. Este propósito de expresarse en símbolos

—visible en "Casas de América" es perfectamente legítimo y está autorizado por todos los grandes artistas.

Soldi, en sus cuadros quiere hablarnos en parábola. Usaré su lenguaje: la boda está preparada, los invitados presentes, pero no tienen vino.

Lástima que también a Soldi como a tantos otros le falte el vino de la verdadera alegría para ofrecer a sus invitados.

MIGUEL RETO.

CINE

EL ESCANDALO

Hasta hace —no más— veinte años, la novela homónima de D. Pedro A. de Alarcón, era lectura frecuentísima en la Argentina. (Pensándolo bien, sin embargo, ese plazo corresponde con exactitud a los lectores provincianos; referido a Buenos Aires habría, posiblemente, que estirarlo más; bastante más).

Pero, como quiera que sea —más cerca o más lejos, nítida o borrosa— la imagen de Fabián Conde, figura eje en la novela de Alarcón, es todavía familiar para muchos espectadores, "no exageradamente jóvenes".

Esta circunstancia otorgaba pues, a los realizadores del nuevo film, anticipada garantía de éxito, siempre que como suele ocurrir en estos casos, fuesen rigurosos en la

trasposición al celuloide del texto literario elegido. Nadie más goloso de exactitud, en efecto, que un lector de novelas en trance de juzgar de un film basado en alguna de ellas.

En tal sentido, la versión cinematográfica de "El Escándalo" ha de haberlos satisfecho con holgura. Es que, obediente hasta el detalle nimio, a la trama novelesca que lo motiva, este film semeja esas figuras que involuntariamente va proyectando el lector en la pantalla de su imaginación, a medida que la novela avanza. Pero ¡el ajustarse fielmente a la letra de una acción literaria es de la esencia del cinematógrafo? Pensamos que no. Suelen adolecer, en efecto, los films de ese tipo de cierta híbrida condición —novela y cine a la vez— lo cual, en última instancia, les impide ser plenamente cinematográficos. Se le ocurre a uno pensar, por tanto, que, o bien los productores de films, han de disponer anticipadamente de argumentos hechos al sólo objeto de ser filmados, o bien (caso de inspirarse en relatos cuya finalidad esté ya cumplida en el libro) han de valerse de los ya conocidos, en la estricta medida en que trozos sueltos de los mismos, sean aptos a —juntándolos— crear un argumento autónomo.

La versión cinematográfica de "El Escándalo", ha sugerido en nuestro ánimo, las precedentes reflexiones. Más, sería muy erróneo interpretarlas como reparos, el film que comentamos. Juzgado conforme con lo que él se propuso ser —y es esta la ley primera de toda crítica— apenas si da lugar a objeciones de ninguna especie. Por el contrario, la fotografía, el diálogo, el trabajo de los actores, el interés con que las distintas escenas han sido ligadas, todo en el reciente film es de la mejor calidad.

Dentro de la producción cinematográfica española, que cuenta ya con tan buenos aportes, "El Escándalo" se coloca, pues, en sitio de honor.

M. E.



ECONOMIA

LA GANADERIA Y LAS INDUSTRIAS

La exposición ganadera que todos los años se celebra en Buenos Aires no sólo pone de manifiesto el valor de una determinada especie, en la que se sintetizan las cualidades de precocidad, rendimiento, resistencia a las enfermedades, rusticidad, etc., cualidades obtenidas por el tesón y trabajo de los ganaderos y por la aplicación de las leyes y conocimientos de la ciencia zootécnica, sino que pone de manifiesto también, el valor que para la economía nacional representa la ganadería.

La situación de verdadero privilegio de nuestro suelo, clima y aguas hace que sean utilizadas para la explotación ganadera cerca de 97.000.000 de hectáreas, en las que se crían 31 millones de vacunos, 51 millones de ovinos, 6 millones de porcinos, 7 millones de yeguarizos, medio millón de asnales y mulares y 3 millones de caprinos.

La ganadería tiene, desde un punto de vista económico general, dos aspectos diferentes que se complementan entre sí: uno como producto directo de consumo —o para el trabajo en caso de los equinos y mulares— tanto para el mercado interno como para la exportación; y otro como materia prima para la industria.

En este aspecto la industria que utiliza como materia prima los productos y subproductos ganaderos, resulta un complemento indispensable para la comercialización de esos productos, desvirtuando así la teoría de que la industrialización del país sería una amenaza para nuestras fuentes de riquezas madres, la ganadería y la agricultura.

El valor de la producción ganadera, según la estimación del Ing. Bunge y los cálculos del Banco Central, aumentó de 1.269 millones de pesos en 1939, a 1.750 millones en 1943.

Pero el valor de las exportaciones de productos ganaderos en su faz primaria, es decir, sin el agregado de una elaboración industrial, disminuyó para los mismos años de 275 millones de pesos a 257 millones, es decir, 10,2% menos, mientras que el valor de las exportaciones de productos industrializados de origen ganadero, tomando sólo aquellos que según la clasificación del Ing. Liorens (1) son "primarios o semielaborados" aumentó de 420 millones de pesos a 1.000 millones, es decir, un 238%. Se toman solamente los productos de industrialización primaria y los semielaborados por cuanto los "terminados" están generalmente completados con materias primas de otro origen, pudiendo hacer incurrir en errores si se tomaran los valores brutos de esos productos.

Con respecto al total general de las exportaciones del país, los productos ganaderos, clasificados de acuerdo a su grado de elaboración, en "materias primas", "industrializados primarios" y "semielaborados", guardan la siguiente relación: el grupo de materias primas, siempre de origen ganadero, representaba en 1939 el 17,5% del total de las exportaciones y el 11,3% en 1943; los productos industrializados primarios pasaron del 24,5% en 1939 a 34,8% en 1943, y los semielaborados de 2,5% a 11,1% para los mismos años.

Es interesante señalar que los mayores aumentos en la exportación corresponden a los productos mayormente industrializados, mientras que disminuyen su valor los exportados como materia prima.

Los países principales compradores de estos productos ganaderos, lo constituyen el Reino Unido y los Estados Unidos de Norte América, este último especialmente en carne salada, embutidos, etc.

El mercado norteamericano, no ha sido estudiado y trabajado en todas sus posibilidades. Los ganaderos argentinos han insistido durante muchos años para que se levante el embargo sanitario para nuestra carne tipo "chilled", desechando el gran porvenir que constituye ese mercado para el envío de carne envasada, salada o en otras formas que no tuvieran posibilidades de transmitir el "virus aftoso". Se estima en unas 725.000 toneladas de embutidos lo que Norteamérica consume por año, o sea más del doble del total de carne "chilled" que exportamos a Inglaterra.

Este renglón constituye un gran mercado en potencia para los frigoríficos argentinos. Es necesario por lo tanto combatir la teoría tan arraigada entre los ganaderos de que nuestra ganadería sólo es buena cuando produce "chilled", por lo que tendría su límite norte en el paralelo 31. Sin embargo, más allá de ese límite existen más de 10.000.000 de vacunos, que por criarse en zonas de pastos duros y ser zona de garrapata, produce un menor rendimiento en carne y de menor calidad, pero que se presta admirablemente para carne salada, envasada o preparada en embutidos para la exportación. Hasta el viejo y criollo "charqui" tiene gran aceptación entre la población de color de Estados Unidos de Norte América.

Con la creación de frigoríficos regionales anunciada por el Ministro de Agricultura en la reunión inaugural de la 58ª exposición ganadera, la ganadería de estas zonas y a ser estimulada en forma práctica y efectiva, contribuyendo así a una desconcentración industrial tan necesaria en nuestro país.

Instituto "Alejandro E. Bunge",
de Investigaciones Económicas y Sociales.

(1) Revista de Economía Argentina, No 309, de marzo de 1944.

RESEÑA DE LECTURAS

LA CRISIS DEL MUNDO MODERNO. Leonel Franca. Colección de Espiritualidad cristiana. Buenos Aires, 1944.

Las grandes cabezas pensantes de Europa, se han abocado al estudio de la futura organización mundial.

Como fruto de esas investigaciones han aparecido verdaderas "summas" en la materia, llenas de visiones nuevas para el porvenir que se está estructurando ahora, sentido profundo de la crisis, comprensión original de la historia; son auténticas fuentes de pensamiento que rebalsan la existencia de la hora crítica en que nacieran.

Leonel Franca es uno de los pocos sudamericanos que ha encarado este gran problema, o mejor, el problema de la Crisis, no en un aspecto particular, sino en la totalidad del mismo.

El título de la obra nos recuerda dos obras clásicas en la materia, de tan distinto contenido ideológico que se sitúan en campos diametralmente opuestos: "The Crisis of our Civilization", de H. Belloc y "La Crise du Monde Moderne", de R. Guénon.

No creemos que esta obra de Leonel Franca pueda elevarse hasta el rango de estas dos obras excepcionales; pero lo que ella pierde formalmente ante la dimensión colosal del tópico, lo gana materialmente en claridad, exposición y erudición.

Estas obras piden talento y clima. Talento: para poder encerrar, después de largas investigaciones, en una mirada universal, en el nudo de una visión acabada, todas las fuerzas de lo histórico, dispersas en la multiplicidad de las zonas del saber, y entregarnos un sentido fresco y original de su dialéctica. Hace poco, en Buenos Aires se comparó una especie de autobiografía novelada de mucho cartel, con la Europa Trágica de Gouzague de Reynold y el libro antes citado de Belloc. No basta el talento, es necesario también el Clima: es imprescindible moverse

en el corazón mismo de la gran cultura, en el interior de la civilización, donde está la trama aún material de la crisis, que se organiza y vive en el talento que la expresa. De lo contrario se corre el riesgo de mimetizar los síntomas del mal imaginariamente.

Esta obra es una excelente y magnífica "vulgarización" en el sentido técnico de la palabra, o sea, del rol que juega un pensador cuando hace sufrir a una gran visión, en la segunda etapa en el proceso dialéctico de su traducción intelectual. Mas aún, llegaríamos a postular la necesidad de este libro como introducción en este género de ideas.

Además esta obra es un índice de la atmósfera espiritual que va cundiendo en todo nuestro hemisferio: rehabilitación del espíritu, conciencia cada vez más patente de comenzar la reconstrucción del mundo por una reintegración metafísica y teológica.

Este problema que se plantean los grandes pensadores y que se plantea en su libro L. Franca, trata de resolverlo un poco más al Norte, en términos ya de proyección política inmediata, los que inauguraron en Dumbarton Oaks, la Conferencia Aliada para la Organización de la Paz. Allí, según las noticias que llegan, se pretende formar "una entidad internacional", "apoyada por la fuerza", en la que participarían todas las naciones grandes o chicas con responsabilidades o limitaciones de acuerdo no a su soberanía sino a su poderío material. Añadiendo a esto la extracontinentalidad europea de los que pretenden imponer el esquema de solución a la crisis, tenemos un tipo de solución *mecánica*, en base a un juego de báscula entre intereses particulares; la antítesis más radical a esa solución que postulan los grandes veedores del futuro europeo: hacer viable el conflicto en base a una integración vital, interna y espiritual.

El libro de L. Franca, moralizador, instructivo, y sobre todo claro, es una obra más en la Colección de Espiritualidad Cristiana, que dirige el P. Ismael Quiles.

H. M.

VERDE MEMORIA. Revista de Poesía y Crítica, dirigida por Ana María Chouhy-Aguirre y Juan Rodolfo Wilcock. N° 6, Junio 1944. Buenos Aires.

"Verde memoria", la revista de poesía y crítica que edita la más joven promoción de poetas argentinos, ha dado hospitalidad en las páginas de su sexto número a representativas composiciones de colegas uruguayos y chilenos.

Todo aquello que en el plano de las relaciones culturales tienda a poner de manifiesto la antigua y real hermandad de los pueblos de América Hispana es, sin más, digno de encomio. Pero, en el caso ahora comentado, agrégase a ese genérico propósito fraternal, la comprobación, muy significativa, de cómo son idénticos en la nueva poesía sudamericana los temas que la inspiran y análogos las maneras de responder poéticamente a la gran inquietud problemática del hombre contemporáneo.

JERONIMO DEL REY

Libros nuevos

Cuentos de Fantasmas

Una Santa Maestría

Próximamente

Suma Teológica I (1ª de Septiembre)

El Nuevo Gobierno de Sancho (15 Sep.)

La Gloria de Tomás de Aquino (30 Sept.)

Crítica Literaria (30 Septiembre)

CLUB DE LECTORES

En todas las librerías

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

LOS TEMAS DE HOY

y el

PENSAMIENTO TRADICIONAL

Dirige Julio Meinvielle

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800